

rama se dirigía al E., subía por el valle del Jordán inferior y se reunía al grueso del ejército en las cercanías de Maggedo; la rama principal también llegaba, una vez salvadas las gargantas montañosas del Carmelo, á Maggedo. Esta población era la clave de la Coele-Siria, como la llamaron los romanos, la Siria oculta, y allí generalmente se libraba una gran batalla. El ejército sirio en derrota se refugiaba en Kadesh, en donde tenía lugar la segunda batalla. Para llegar á Kadesh, las legiones del Faraón tenían que cruzar el Tabor, costear el lago de Galilea, seguir el curso superior del Jordán hasta cerca de sus fuentes, subir por la cordillera que separa el valle del Jordán del valle del Natsana, seguir por éste hasta Tibekhtrat (Baalbeck), y descender al valle del Orontes, en cuyo curso superior se hallaba Kadesh la grande. Si no terminaba la campaña bajo los muros de esta fortaleza, el ejército continuaba su marcha hacia el N. por Hamat, Alepo y Karkemish, hasta las orillas del Éufrates.

Los pueblos que los egipcios encontraron á los dos lados de este camino se sometieron á su poder; unos, como los fenicios, sin hacer resistencia alguna, y procurando sacar provecho para su comercio de su sumisión al Egipto; los demás, después de sostener empeñadas luchas. El territorio conquistado por los egipcios, lo mismo en la Etiopía y en la Arabia que en la Siria, quedó sujeto á pagar tributo y á reconocerse vasallo del Faraón sin recibir ni gobernadores, ni leyes, ni guarniciones egipcias; así es que á la primera oportunidad, en cuanto el recuerdo de las últimas derrotas pasaba ó cuando juzgaban débil el poder de los Faraones, los vencidos se sublevaban; los conquistadores perdían en un momento lo que en algunos años habían adquirido; porque las conquistas en la Siria no dependían generalmente del éxito de dos ó tres batallas, sino que los rebeldes en derrota se dispersaban, se en-

cerraban en sus fortalezas ó mantenían levantados en armas á los pueblos de las montañas, de modo que sólo se lograba la pacificación del país después de encarnizadas luchas. Por eso las conquistas de los Faraones en el Asia fueron siempre precarias.

Totmés I asoció al trono á su hija Hatasu, criada con su hermano Totmés II. El reinado de éste fué efímero. Durante él los pueblos del Sudán se sometieron formando un principado que se extendía desde la primera catarata hasta las montañas de Abisinia. Entonces fué cuando se empezó á dar al heredero de la corona el título de príncipe de Kush, título que era algunas veces honorífico puramente, y otras la expresión de un hecho real, cuando el heredero hacía en su gobierno su aprendizaje de Faraón.

Hatasu, tenida por los escribas como la legítima heredera de la corona, por ser nieta de Ahmés-Nowertari, se encargó de la regencia á la muerte de Totmés II, y durante la minoría de su segundo hermano. Esta gran mujer, que se hacía representar sobre los monumentos con la barba como un hombre, supo realizar grandes empresas. Hé aquí la principal de ellas:

Hizo preparar una gran flota en el Mar Rojo y se dirigió en ella al país de Punt (Arabia) con objeto de conquistar la tierra renombrada de Tonuter, que algunos autores suponen que era la India. Los bajeles del Dekhan traían hasta la Arabia sus mercancías que los árabes y los caldeos trasportaban á Babilonia, á la Asiria, á la Fenicia y á los puertos egipcios del Mar Rojo, en donde los mercaderes de coptos los esperaban. La riqueza fabulosa de aquel país fué eterno objeto de codicia para los egipcios. Hatasu no llegó hasta Tonuter, se contentó con dominar el Punt, de donde volvió á Egipto cargada de tesoros incalculables y llevando arbutos aromáticos para aclimatarlos en los jardines de Tébas.

Murió Hatasu y entró su hermano Totmés III, á quien la posteridad llamó el Grande, al gobierno de Egipto. Una gran reacción se verificó contra la memoria de la reina, sus monumentos fueron despedazados y borrado su nombre de las inscripciones hieroglíficas.

Los *rutenos* se pusieron á la cabeza de una formidable insurrección en Siria. (1) Totmés celebró las fiestas de su coronación en Gaza y tomó lentamente el camino de Maggedo, en cuyas cercanías lo esperaba el ejército rebelde mandado por el príncipe de Kadesh. El ataque de los egipcios fué tan impetuoso, que poseídos del pánico sus adversarios, huyeron en todas direcciones; sus jefes se refugiaron en Maggedo y los soldados en las montañas; fué inmenso el botín; pero tan rápido el combate, que no llegaron á mil los prisioneros y los muertos. Poco después se sometió Maggedo y los jefes de la Siria y de la Mesopotamia, empezando por los reyes de Assur, pagaron tributo al vencedor. Las revueltas continuaron sin embargo; y también las victorias. Kalep, Arados y Kadesh cayeron en poder de Totmés, que pasó el Éufrates, venció á los arameos, subiendo el Tigris llegó hasta Nínive que no le opuso resistencia, y sometió toda el Asia anterior. Pero una vez vuelto Totmés á Egipto, resucitaron las rebeliones y recomenzaron las campañas, no solo en Asia sino también en la Nubia y la Etiopía. Por fin, después de 54 años de reinado murió colmado de gloria. Los monumentos del reinado de Totmés III (1600 á 1550 antes de J. C.) dicen que este Faraón conquistó las islas de los *Tanas*. Algunos eruditos son de opinión, que con este nombre designaban los egipcios á la Grecia. *Tanas*, dicen, es la trascripción egipcia de *Danaos*, y Danaos fué el caudillo de una colonia de *hiksos* que huyendo del Egipto por los años de 1700, abordó

(1) Creen algunos historiadores que los antiguos monumentos egipcios dan el nombre de *rutenos* á los asirios.

y se estableció en las costas de la Grecia. Amenhotep II, que sucedió á Totmés, sitió á Nínive y la tomó, después de haberse lanzado sobre ella "como un león furioso." Totmés IV, su hijo, continuó con éxito sus conquistas á tal punto, que su hijo Amenhotep III heredó un imperio cuyos límites se extendían desde el Éufrates hasta el país de los Gallas. Entonces las guerras se tornaron en verdaderas cacerías de esclavos que servían de obreros en las colosales construcciones de Egipto. Desde los tiempos de Totmés I, los edificios reales cubrían todo el valle del Nilo. Totmés III construyó en Tébas un templo de Rá, que nos ha conservado en sus muros grandes páginas de la historia egipcia. De esta dinastía datan los inmensos templos de Tébas, unidos entre sí por largas avenidas de esfinges. Delante de uno de ellos, construido por Amenhotep III, en el terreno que hoy se llama Lucsor, y que es considerado como una obra maestra, se hizo erigir el constructor dos estatuas gigantes. Una de ellas se quebró, durante el temblor de tierra del año 27, después de J. C.; la parte superior se desprendió, y solo quedó la inferior en su sitio. Del zócalo de la estatua, al decir de muchos, se desprendían, al salir el sol, sonidos armoniosos, lo que dió origen á una leyenda; los griegos aseguraron que aquella era la estatua de Memnon, el rey etiopio de que habla Homero, que saludaba todos los días con su voz armoniosa á la Aurora, su madre. Durante algunos siglos, los viajeros iban en procesión á admirar aquel prodigio, entre ellos el emperador Adriano y Sabina su mujer. Septimio Severo hizo piadosamente restaurar la estatua, que en cuanto tuvo su antigua cabeza, enmudeció hasta nuestros días.

Amenhotep IV, durante una de las guerras de su padre, y cuando tenía ya hijos, fué hecho prisionero y castrado. Su aspecto en los monumentos revela este triste estado; quizá por eso se rodeó de eunucos

semitas, proscribió la religión de Ammon, y solo adoró á Rá el Sol, y á Aten, el disco del sol, tomando el nombre de Khunaten, es decir, *esplendor del disco solar*. Este dios, Aten, ó Aden, es probablemente de origen semítico, y corresponde quizás á Adonai. Á la muerte de Amenhotep, le sucedió su yerno Ai, y las persecuciones religiosas cesaron. Siguiéron á Ai algunos reyes, de los que el más célebre es Tutankamen; en seguida se desató la anarquía, las guerras civiles y religiosas, las rebeliones de los países conquistados que recobraron su independencia, hasta que Horemheb (Armaís) restauró la paz y dejó tras sí á la XIX.ª dinastía.

XIX.ª dinastía.—Ramsés I, antiguo soldado de Horemheb, descendía de los reyes pastores. Subió anciano ya, al trono, y murió siete años despues, dejando por sucesor á su hijo Seti I, (Sethos) el cual, con gran contentamiento y admiracion de su pueblo, llevó sus armas á la Siria. Los pueblos del Sur y los fenicios se rindieron casi sin combatir; pero al Norte los *khetas*, que habían sucedido á los *rutenos*, opusieron una tenaz resistencia, hasta el grado de que el egipcio hizo con su rey Motenes un tratado de alianza que duró hasta la muerte de Seti. La dominación de Egipto, mas sólida que en los tiempos de Totmés III, abarcaba ménos pueblos y no pasó ya del valle del Orontes. Ramsés II (Sesostris) hijo de Seti y de una nieta de Amenhotep III sucedió á su padre. Antes de la muerte de éste, Ramsés tenía ya derecho á llevar el *ureus* imperial; era ya un verdadero Faraon; pero permanecía sin embargo en una oscuridad relativa; poco á poco, á consecuencia de sus campañas en Siria, fué ocupando de hecho el primer lugar, y, trocándose los papeles, el viejo Seti pasó al segundo término. Ramsés fué único dueño de los dos mundos; y su padre, retirado en el fondo de sus palacios, se contentó con los honores divinos; los muros del templo de Abidos lo representan

sentado al lado de Isis y rodeado de los dioses *paredros*: se le adoraba, dice un egiptólogo, pero no reinaba ya.

Por aquel tiempo, una invasion de piratas amenazó seriamente al Delta. Los Pueblos del Asia Menor entraron en la liga del mundo asiático contra el Egipto; los Shardanes y los Toursha (tirrenos-pelasgos), se aliaron con las poblaciones de la Siria con este objeto; pero Ramsés los castigó de tan terrible modo, que durante un siglo no pensaron en renovar sus ataques. En seguida, el Faraon emprendió una campaña en Etiopía y en el alto Nilo; Strabon dice que llegó en su marcha hacia el Sur hasta el país de la *camela*, y los griegos aseguran que tuvo lugar entonces la famosa expedición marítima de Sesostris en el Mar rojo y en la India. Los anales de este reinado han llegado muy completos hasta nosotros en los monumentos, y nada se dice de las flotas ni de los viajes por mar de Ramsés. Muerto Seti, el Faraon prosiguió sus expediciones á la Siria. Hasta el año IV de su reinado, estalló en el Asia una rebelion inmensa; los *Khetas*, los amonitas, los arameos de Karkemish, los fenicios de Arados, se unieron con las poblaciones del Asia Menor y los soldados troyanos, dardanos, lycios y mycios cruzaron la Península y fueron á acampar en la alta Siria.

En esta campaña, Ramses, engañado por unos espías, estuvo á punto de ser aniquilado en los alrededores de Kadesh. Cortado su ejército y derrotado en parte, sólo debió la victoria á su arrojo personal, que permitió la llegada del grueso de sus tropas. Los rebeldes fueron completamente derrotados; pero, contra toda esperanza, la guerra no concluyó; los cananeos se sublevaron y empezó entonces una campaña de pequeñas batallas, pero laboriosa y cruel, que duró diez y seis años. Por fin, el año XXI del reinado de Ramses, se concluyó un tratado con el príncipe de los *khetas*, cuyo texto ha sido publicado en

la gran obra de Lepsius. Contiene cláusulas en que se pacta la igualdad y la reciprocidad completa entre los dos pueblos, su alianza ofensiva y defensiva, la extradición de los criminales y trásnfugas, y la protección del comercio y de la industria de las partes contratantes. Es, seguramente, el más antiguo monumento de derecho internacional conocido hasta hoy. Los griegos colocaron en esta época las campañas de Sesostris en la India, en Fenicia, en Bactriana, en Seytia y en Thracia, pero nada tienen de real. El monumento encontrado por Herodoto en el Asia Menor existe en parte y puede asegurarse que ni es egipcio, ni representa á Ramses; éste vivió todavía cuarenta y seis años, despues del tratado con los *khetas*, en la paz más completa. Gracias á ella, pudo dar rienda suelta á su pasion de constructor, de tal suerte, que puede decirse que no hay un sólo monumento en el Egipto y en la Nubia, que no lleve su nombre; á su tiempo pertenecen los macizos edificios del Rameseion, la reedificacion de Tanis, la antigua capital de los *Hyksos*, y hasta las usurpaciones de los arquitectos que borran de los edificios las tarjetas de otros Faraones y colocaban las de Ramses (1). Los canales, los caminos en el desierto llenos de pozos; las fortificaciones, las ciudades opulentas, formaban tan grandioso conjunto, que los vates egipcios exclamaban: "La alegría reina y se extiende sin que nada la detenga." Pentaure cantó la gran batalla de Kadesh, en admirables estrofas, épicas y religiosas á un tiempo, que nos han sido conservadas (*Papyrus Raife y Sallier III*). El valor indudable del Faraon, su serenidad sublime en el peligro y su fe en la proteccion de Ammon, inspiraban constantemente al poeta, que termina su poema con estas palabras, dirigidas por la Divinidad á Sesostris: "Ven, hijo, nuestro muy amado! ¡Oh Ramses

(1) El obelisco de la plaza de la Concordia en Paris, es una de las innumerables obras de esta época.

Meiamun! Los dioses te han dado los períodos infinitos de la eternidad, sobre el doble trono de tu padre Atum, y todas las naciones yacen derribadas bajo tus sandalias."

Ramses II vivió cerca de un siglo, y á su muerte, dejó el trono á Banra Meintetu-Mene-phtah-hotep-hi-ma, su tercer hijo. (De Banra ha hecho Herodoto su Feron y de Meneftah, hizo Manethon su Amenófis). Meneftah era ya viejo cuando ciñó el *ureus*. En los primeros años de su reinado, otra gran invasion de piratas y de libios inundó el Delta; entre los primeros reaparecian los *shardanes*, los *tursha*, los *tyrios* y ademas los *aqueos* y los *shakalash*. El desastre hubiera sido completo, si vuelto de su sorpresa Meneftah y auxiliado por sus aliados de Asia, no hubiese desplegado gran actividad hasta destruir á los invasores por completo.

La debilidad de Meneftah en el gobierno interior abrió un período de anarquía y disolucion. Á su muerte no ocupó el trono su hijo Seti II, sino un usurpador Amemeses; éste reinó algunos años y dejó su herencia á su hijo Meneftah II *Siptah*, hasta que ó por una revolucion ó por un pacto, despues de doce años de usurpacion, Seti II, que gobernaba la Etiopía, ocupó el trono de su padre. Á su muerte los jefes de los *nomos* se rebelaron, emprendieron una série de guerras los unos contra los otros, el poder central pereció en la tormenta, las conquistas en Asia se perdieron y el Egipto se desorganizaba, naufragaba, era arrojado hacia afuera, dicen los textos literalmente. En aquellos años de aniquilamiento (*vacíos*) un sirio llamado A.issu, se impuso al Egipto.

Los hebreos.—*El Exodo*. Los hebreos establecidos en la fértil tierra de Gessen se habían multiplicado prodigiosamente, aunque quizá varias tribus semíticas, sus congéneres, habían acabado por formar con ellos un grupo ligado por vínculos religiosos. Apenas se conservaban rastros del

politeísmo antiguo, por lo ménos en las clases sacerdotales y la repugnancia invencible que por las prácticas del culto egipcio sintieron los israelitas, pudiera explicar, bajo el punto de vista histórico la evolución que se manifiesta desde entónces en el sentido de adorar un dios exclusivamente nacional, que estaba destinado á convertirse en el Dios del universo durante el ciclo profético.

La expulsión de los *hiksos* fué sin duda fatal á todos los pueblos de origen semítico, y es probable que en esa época hubiese comenzado para los hebreos lo que la Biblia llamó siempre "la servidumbre de Egipto." Con el apogeo de las dinastías tebanas, el país se llenó de esclavos extranjeros y de cautivos que con los colonos semitas poco á poco esclavizados, sobre todo, durante la XIX.ª dinastía en que ya no pudieron traer los Faraones del Asia, toda la gente que necesitaban, formaron esas inmensas masas de constructores, indispensables para el número prodigioso de monumentos, de obras de utilidad pública y para las ciudades que entónces se erigieron.

Seguramente en tiempo de Sesóstris el constructor por excelencia, llegó á su *máximo* el miserable estado de los hebreos. La Biblia no nos dá el nombre del rey que más hizo sufrir al pueblo de Dios; pero lo indica en cierto modo, cuando dice que los israelitas construyeron al Faraon dos ciudades, una de las cuales se llamó Ramses. Los documentos contemporáneos de Ramses II mencionan entre los pueblos encargados de la construcción de la ciudad de Ramses, á los Aperi ó Aberi, transcripción egipcia del nombre de *hebreos*. De la ciudad de Ramses el muy valiente, *Pa-Ramessu-aanacht*, de su esplendor y grandeza nos han quedado interesantes descripciones. La ciudad de Pythom, *Pachtum-ne-Zalu* estaba también, según Brugsch, construida á orillas del canal antiguo, al E. del Egipto. Algunas ruinas de construcciones

de ladrillo, tales como en el libro del Exodo se describen, han autorizado á algunos sábios para darles el nombre de ruinas de Ramses.

¿En que época se verificó la salida de los hebreos de Egipto? La mayor parte de los egiptólogos sostienen que fué durante el reinado de Menefta ó Amenófis. Mas, pero fundado en razones muy sólidas sostiene otra tesis.

Según él, los hebreos sólo pudieron ejecutar su marcha hacia el Asia en los tiempos de Seti II, cuando no sólo los pueblos que se consideraban como el último resto de la invasión de los *shasu*, sino los cautivos caldeos, troyanos, etc. comenzaron sus insurrecciones y algunos de ellos tomaban en masas compactas el camino de la Siria. Todos ellos deseaban sacudir el yugo insostenible de los egipcios y aprovecharon los años de espantosa anarquía que siguieron al reinado de Menefta, para llevar á buen término sus propósitos.

Según la Biblia, un hombre de la tribu de Levi, llamado Moises, que recién nacido aún había encontrado amparo en una hija del Faraon reinante y que según Maneton, era sacerdote en Heliópolis (On del N. en la tierra de Gessen) sintiéndose inspirado de Jahveh (Jehovah) se puso al frente del pueblo hebreo é intentó su emancipación sacándolo de Egipto y conduciéndolo á la tierra de promisión (Palestina) en donde debían tener cumplimiento sus altos destinos.

Llevó al faraon la orden de Jahveh, y trató de acreditar su misión divina haciendo en presencia de la corte egipcia milagros que no pudieron ser igualados por los no ménos asombrosos de los hechiceros nacionales.

Fué este el tiempo de las plagas que en un sentido figurado pueden aplicarse á la disolución anárquica de que entónces fueron presa los dos reinos. Nada nos ha quedado en los monumentos que recuerde la salida de los hebreos ni las plagas. Pero

éstas, fuera de su parte milagrosa, tienen estrecha conexión con acontecimientos naturalísimos en el valle del Nilo. La escena de las serpientes no podía parecer tan estraña en el país de los *encantadores de serpientes*; la conversión del Nilo en un río de sangre, recuerda que en el momento en que empieza la creciente, toma el río un fuerte color rojo en el alto Egipto; los mosquitos, las moscas, las ranas, la langosta, son plagas constantes, digámoslo así, en el Egipto, lo mismo entónces que ahora.—(1)

Por fin, el Faraon amedrentado, accedió por lo pronto á las solicitudes de Moisés y dejó á los hebreos que fuesen á sacrificar en el desierto. Éstos pasaron á pie enjuto el Mar Rojo (Exodo-1-14) que cerró sus olas sobre el Faraon y su séquito, que perseguían á los Hebreos. Entónces entonó Moisés el magnífico canto que empieza así: "Cantaré al Eterno, porque se ha elevado á tanta altura; arrojó al mar el caballo y al que lo montaba. El Eterno es mi fuerza y mi alabanza, y ha sido mi salvador, mi Dios fuerte. Le erigiré un tabernáculo, es el Dios de mis padres, lo exaltaré."

De todas maneras, si fué Menefta el perseguidor de los Israelitas, no murió en el Mar Rojo, porque consta que siguió reinando despues del Exodo, nueve años aún.

La tradición egipcia difiere de la hebrea. En un fragmento de Manethon, que nos ha conservado Josefo (*Contra Apionem*, I-26-28), se dice que habiendo deseado Amenófis contemplar al dios Horas, para lograr su deseo, arrojó, siguiendo los consejos de un mago, á todos los leprosos é impuros que había en el país en las canteras de Turah. Pero entre éstos había algunos sacerdotes, y este sacrilegio irritó á los dioses. Los impuros se aliaron con los solymitas y los restos de

(1) Véase la *Bible et les decouvertes modernes* par F. Vigouroux.—pretre de St. Sulpice.—Tome second.—Paris.—1877.

los pastores. Reunidos en la ciudad de Avaris, desierta desde la expulsión de los hiksos, y bajo la dirección de un sacerdote de Heliópolis, llamado Osarsyf ó Moises (1) se armaron, invadieron al Egipto, arrojaron al Faraon que huyó hacia la Etiopía, y se adueñaron de todo el país cometiendo espantosos desmanes. Despues de trece años de anarquía, Amenófis volvió del S. al frente de un gran ejército, batió á los impuros y persiguió sus restos hasta los confines de la Siria.

*Los fenicios.—El Asia Menor.*—Los fenicios, sumisos siempre á los conquistadores egipcios, habían logrado hacer el comercio en Egipto por cuenta de los extranjeros y en el extranjero por cuenta del Egipto, en donde pululaban; todos los caminos que venían de la India, de la Bactriana, de la Caldea, de la Arabia y del Cáucaso, convergían en Sidon y en Tiro. Los fenicios se habían introducido en estos caminos, tanto como habían podido, y quizá sus traficantes llegaban al Ganges y al Altai. En las fuentes del Jordan (Lais), en un vado del Eufrates (Tapsaco) en las fuentes del Tigris (Nisibis), en una palabra, en el paso de todas las caravanas, habían establecido sus factorías; pero estas factorías no eran colonias; las verdaderas colonias fenicias florecieron en el Mediterráneo. Los viajes de Melkhart (Hércules) que civilizó el África, abrió el estrecho, fundó á Gades, conquistó la España y volvió al Asia por las Galias, la Italia y Sicilia; el rapto de Europa por Zeus, la colonización de Chipre por Melos y la fundación de Tébas en Beocia, por Kadmos, son, con otros muchos, los mitos que disfrazaban la historia primitiva de la colonización fenicia. Los gibilitas fueron los primeros que se lanzaron al mar; tras ellos fueron los sidonitas; una de cuyas primeras conquistas fué la famosa Chipre, la isla del cobre (Cyprium) en donde los gibilitas fun-

[1] Brugsch dice que la significación etimológica del nombre Osarsyf, es *canasta de mimbres*.